

IGNACIO M. ALTAMIRANO

— I —

LA EPOCA

Tocó en suerte a la Patria que Altamirano llegara al mundo en una de las épocas más agitadas y más definitivamente importantes para la historia de México. La Independencia se había realizado de manera incompleta, solamente en el plano político. Me atrevo a decir que más importante que la Revolución de Independencia y su culminación en 1821 fue esa otra larga y tormentosa etapa en que se forja la nacionalidad mexicana. Esa época en la que los patriotas mexicanos, los mejores valores que arrojó la Independencia, tienen que luchar con todo su esfuerzo, con lo mejor de su cabeza y de su corazón, contra la más terrible de las tiranías que jamás haya sufrido el pueblo mexicano, la de Antonio López de Santa-Anna.

En las dos décadas que siguieron a 1821, se vive en medio de una gran inseguridad, todo es incierto. De los campos de batalla se pasa a luchar en los campos de la política. Las luchas entre los partidos políticos no logran crear un Estado fuerte y estable, y de aquí que la carencia de verdaderas instituciones haga más palpable la crisis de la economía del país.

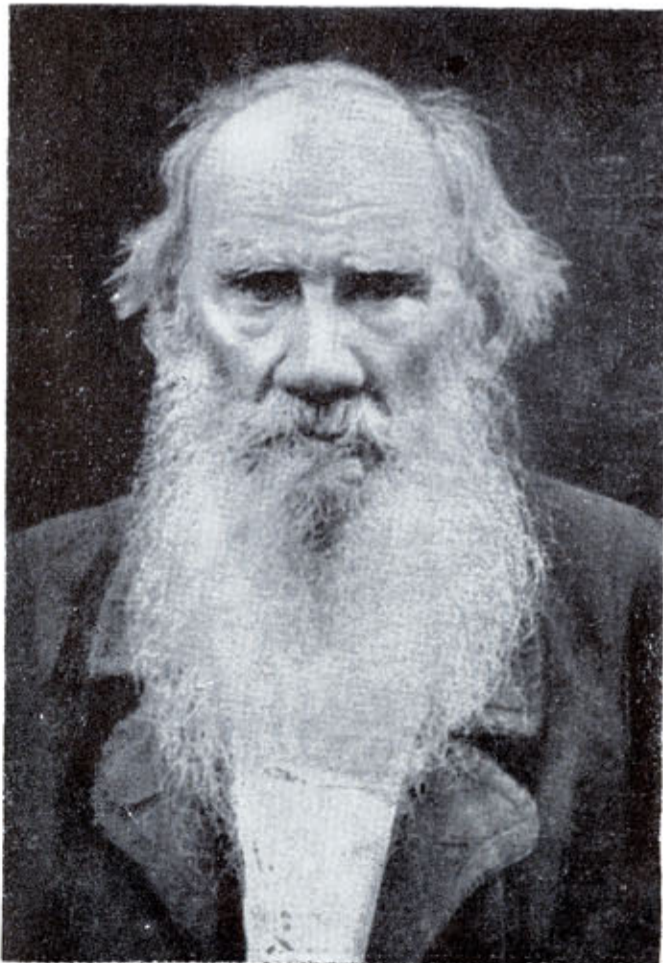
La gran pobreza que sufre el pueblo, la crisis de ajuste de las clases sociales, de sus costumbres y de sus pensamientos con un orden social nuevo, provocan un largo estancamiento en la marcha de la sociedad. Un poco más allá de los diez años, en 1833, se inicia este período crítico de la más absurda de las tiranías: sobre el poder, Santa-Anna, el traidor de traidores, y junto con él, en la Vicepresidencia, su antípoda, el recto, el noble, el sincero Gómez Farías. Don Valentín, con sus indecisiones, con su exagerada concepción legalista de las cosas, con sus graves errores y sirviendo lo menos posible al tirano, es la Reforma que se gesta.

— II —

EL HOMBRE

Un año después, en 1834, nace en un pueblito del sur de la República, perteneciente en aquel entonces al Estado de México y actualmente al Estado de Guerrero, en Tixtla, Ignacio M. Altamirano. A los siete años de edad, in-

LEÓN TOLSTOY



gresa Altamirano a la escuela que dirigía don Cayetano de la Vega. Esa escuela, como todas las de la época, estaba destinada a los hijos de mestizos y españoles, y en la que se aceptaba, como favor, a los niños indígenas, tan sólo para estudiar el catecismo.

Los alumnos estaban divididos en dos grupos: uno era el de los niños "con razón", formado por los hijos de los ricos, y el otro, el de los niños "sin razón", hijos de indios. Los primeros tenían derecho a que se les enseñara a leer y escribir. Los indígenas sólo podían aprender a rezar el Padrenuestro.

El dos de enero de 1842, Ignacio Manuel se presentó a la escuela, y por el pecado de haber nacido indígena, ingresó al grupo de los niños "sin razón". Muy pocos días, sin embargo, le duró la "sin razón" a este alumno. Su padre, don Francisco Altamirano, fué nombrado alcalde de indios pocos días después de iniciadas las clases. Don Cayetano de la Vega se presentó a felicitar al nuevo alcalde. Al recomendar don Francisco a su hijo, refiere don Luis de la Brena que el maestro contestó:

—"Su hijo?, mañana mismo lo paso con los "de razón".

A la mañana siguiente, don Francisco Altamirano proveyó a su hijo con la cartilla y el puntero, útiles antes vedados, y lo mandó a la escuela. El niño se hacía cruces por la alegría de su padre y por el inesperado regalo de aquellos útiles que sólo los niños blancos usaban en la escuela. Pronto, iba a poder explicarse algunas cosas. Don Luis de la Brena me ha regalado con el siguiente pasaje: "Una protesta general motivó la incorporación del niño Ignacio Manuel a los alumnos hijos de españoles y mestizos.

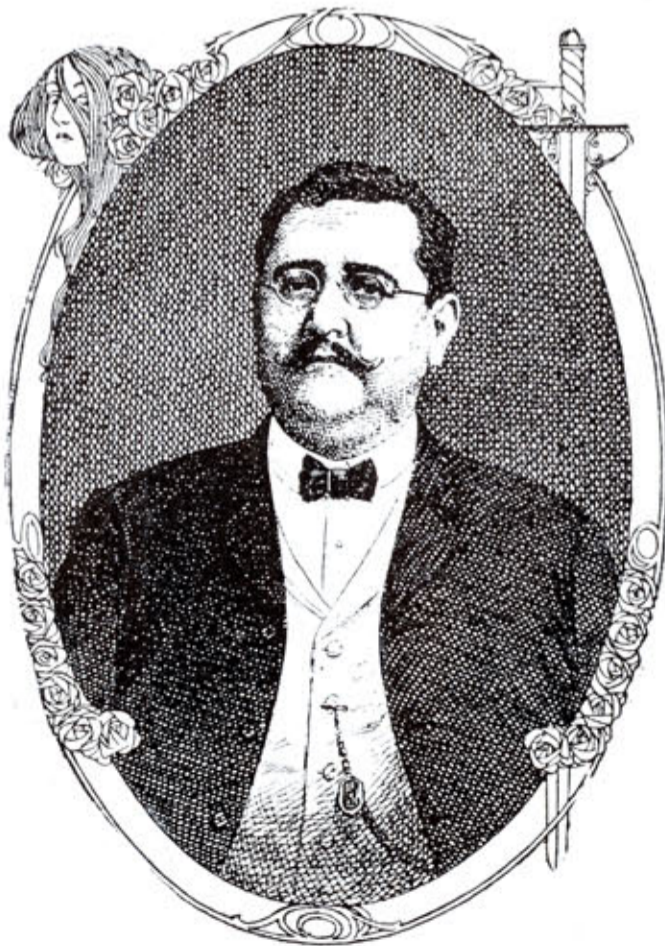
—"¡Fuera de aquí el indio!, exclamaron algunos en tono airado.

—"¡Tú no eres "de razón!", dijeron otros con tono amenazador. Pero el maestro, que estaba atento a la escena, levantó la voz y con tono autoritario dijo: —Ese niño es ya "de razón". Y el orden volvió a imperar en la clase."

El niño Altamirano no sólo demostró tener la razón que tan graciosamente se le había regalado, sino que dio muestras de una dedicación al estudio y una inteligencia brillantes, que le permitieron ser el alumno más aventajado de la clase. Durante el primer año, este niño indígena obtuvo el primer premio en lectura y escritura, y en el segundo año pudo obtener el primer premio en doctrina cristiana y aritmética.

Carezco desgraciadamente de datos respecto al resultado

HERIBERTO FRÍAS



de sus estudios primarios, pero lo dicho basta para afirmar que el niño Altamirano no llegó a los catorce años de que nos habla don Luis González Obregón y todos los que lo siguen, como un salvajillo que no sabía hacer otra cosa que apedrear a los pájaros. Pero como es tentador el camino de la anécdota para pintar la infancia de Altamirano, aventuraré alguna de mi cosecha. Los niños de Tixtla, cuenta la infancia de mi madre, aprendían desde muy temprana edad a nadar, para poder jugar todos los días, a la salida de la escuela, en la laguna unas veces y en la alberca, otras. Estos baños diarios han sido siempre el juego predilecto de los escolares y el deporte por excelencia. Además, en los llanos que están al pie del cerrito del Tepeyac, en donde está La Villa (también en Tixtla se apareció la Virgen de Guadalupe), los niños de la escuela iban todos los días a montar becerros. Cuando no becerreaban, iba la bandada de escolares a las huertas de mangos cerca de la alberca, por donde sale el camino para Chilpancingo, a *cazar mangos a pedradas*.

Tenemos noticias de que Altamirano antes de terminar su instrucción elemental, ya era, además de un aguerrido cabecilla de grupo infantil, porque era rebelde y peleador, un buen nadador de la alberca, un hábil montador de becerros y un maestro en el arte de *cazar mangos*; y él mismo lo declara en una de sus obras: "era un niño pobre, buen comedor de elotes calientes".

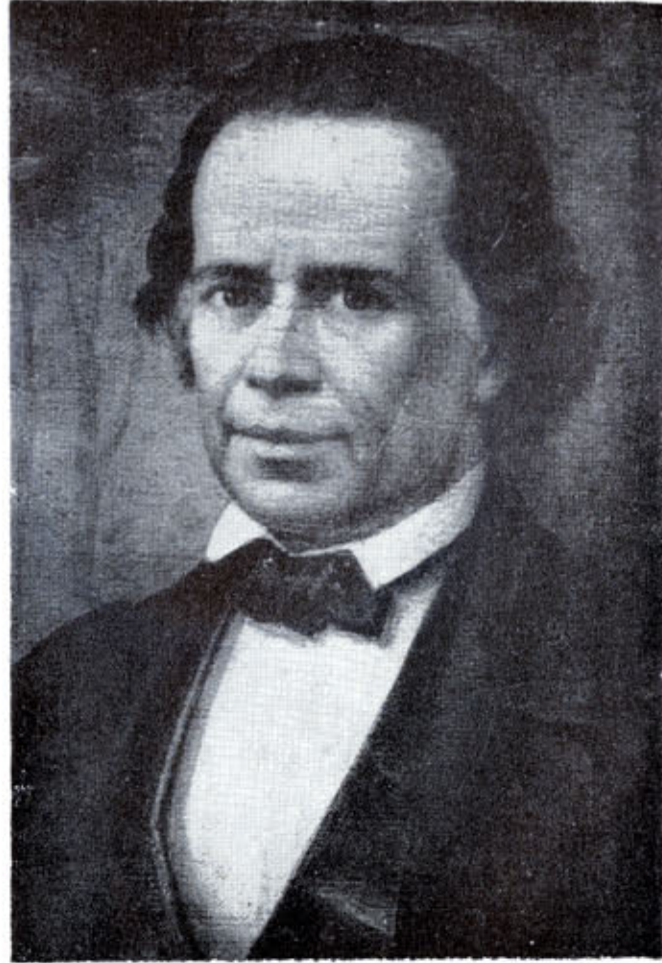
Terminada la educación elemental, los padres de Altamirano piensan en hacerle aprender un oficio. El dice que quiere ser herrero. Ingresó en una fragua y fracasó. Su débil constitución física no le permite la aptitud para el rudo trabajo del herrero. Piensa en hacerse pintor. Después de algunos intentos, fracasa también.

Con la preparación escolar y extraescolar que hemos contado y con los fracasos en la vida del taller, le sorprende la llegada a Tixtla de la Ley Ramírez, que ofrece una beca para el estudiante indígena más adelantado. Debía ser notoriamente pobre y tener de doce a catorce años.

El niño Altamirano reunía estas condiciones. Y, no obstante que había sido el alumno más distinguido de la escuela de don Cayetano de la Vega, la beca la obtuvo por oposición. Otros veintinueve niños y él se presentaron al concurso. Altamirano fue el vencedor.

Casi se puede decir que la infancia de Altamirano termina aquí con este triunfo merecido. Después de ese día, su vida va a cambiar totalmente. Ya en el Instituto Lito-

MELCHOR OCAMPO



ESCRITOR LIBERAL

Juan R. CAMPUZANO

rario de Toluca, la adolescencia del indígena va a encontrar en don Ignacio Ramírez, autor de la ley que le abría los caminos del saber y de la gloria, motivo para un culto nuevo de admiración y de cariño respetuoso que va a durar toda su vida. Cerca del maestro, protegido y alentado por él, aprendió a amarlo con un amor sin límites. Y deseó ser como él. Ambicionó con todas sus fuerzas llegar a ser lo que era el ilustre indígena que lo había sacado de la nada. De sobra, sabemos que lo logró amplia y satisfactoriamente. En el oscuro estudiante de Tixtla, había el genio suficiente que le permitió llegar a formar parte con su modelo y protector Ignacio Ramírez, y con don Benito Juárez, el triángulo de los indios más grandes de nuestra historia.

Altamirano fue un indio genial. Un análisis hasta superficial de cualquier aspecto de su vida nos afirma en esa opinión. Siempre lo encontramos realizando una especie de milagro con lo que la vida le presenta. Eso es la infancia de Altamirano, pero eso es, sobre todo, su adolescencia, época la más sorprendente, la más desconcertante de la formación del hombre. Mil cosas se podrían decir reveladoras de esta etapa que tan poco se ha estudiado, pero las limitaciones de este primer trabajo nos lo impiden. Diremos lo esencial de este fenómeno en que de una manera casi incomprendible el niño se hace joven y el joven se convierte en un luchador maduro. Todas las noticias coinciden en que Altamirano, a los veinte años y ya como estudiante del Colegio de Letrán en México, se transforma en soldado y se va a sus montañas del sur al lado de don Juan Alvarez, para servir a la causa de Juárez.

Esto quiere decir que tan sólo seis años bastan a Altamirano para realizar un mundo de actividades definitivas para su formación cultural, sobre todo para transformar las enseñanzas y el ejemplo de su amado maestro Ramírez, en la materia preciosa de su conducta. Su experiencia como bibliotecario y alumno del Instituto Literario de Toluca, sus trabajos como maestro de primeras letras, sus aventuras como animador, autor y apuntador de un grupo de cómicos que salió de Toluca a trabajar en algunas ciudades importantes de provincia, lo mismo que sus primeras enseñanzas en el Colegio de Letrán, las convierte en la sustancia humana y en la calidad necesaria para ser ya a los veinte años un hombre prematuro, un autodidacto sorprendentemente culto, un enciclopedista a la manera de su maestro Ramírez, y, sobre todo, un hombre de acción, un patriota, un soldado dispuesto a morir por su patria.

En cualquier aspecto que se le estudie, es sorprendente esta etapa de la formación de Altamirano. Como estudiante superó su ejemplaridad de alumno y su dedicación al estudio con que ya había asombrado a sus paisanos en Tixtla, pero en el empleo de bibliotecario se vuelve un lector voraz y único, no queda un libro en aquella biblioteca que él no haya leído cuidadosamente, y por demás está decir, sin que lo haya asimilado a su cultura. Esta fue la primera y principal fuente donde bebió ávidamente las ciencias, las artes y la filosofía, que le permitieron acercarse a la estatura de su maestro Ramírez.

En otro aspecto, tanto o más interesante que los ya anotados, Altamirano se nos aparece como el más joven soldado de la Reforma, pero ya precozmente desengañado de la vida, profundamente amargado, habiendo sufrido los primeros golpes serios que iban a acentuar su escepticismo, su orgullo, su altivez, y aquel complejo de fealdad que tanto le hizo sufrir. Ya un grande y primer amor frustrado había convertido aquel vigoroso corazón en un volcán apagado a fuerza. En aquel joven soldado de veinte años, se puede hacer ya una pintura más o menos completa del carácter del hombre.

Es aquel joven militar, moreno oscuro, mediano de cuerpo, rasgos faciales de una gran firmeza y virilidad, frente despejada, pelo lacio y melena rebelde, lo que se puede llamar un hombre pasional.

Es un ser complejo. En su carácter, caben todas las tonalidades. Puede ir de la mayor delicadeza a la más fuerte explosión de ira. Es capaz de la mayor ternura y de la mayor exaltación. Parece haberse preocupado por superar su fealdad física, elaborándose para adornarla una cultura sin paralelo y una sensibilidad exquisita. Haber realizado esta transformación de su ser le permitió demostrar a su patria y al mundo no sólo lo que había demostrado Juárez, que era falsa la llamada inferioridad del indio, que con oportunidad de educarse, de superar su miseria económica, puede valer tanto o más que un europeo, sino que dio en su persona un ejemplo único. Su extraordinaria cultura, puesta al servicio de su ideal de patriota, transforma su carne de indio en una madera especial. Por eso, su condición de hombre adquiere una gran singularidad. Si se le encontraba feo como indio, eso no estaba en su mano evitarlo, ¿qué importaba esto si tenía una sensibilidad exquisita, si su alma era universal y en su cerebro batía sus alas el genio? Altamirano, sin embargo, tuvo que sufrir en su carne

la gran injusticia y la gran limitación de algunos genios: la esterilidad. No haber podido tener hijos de su sangre fue el drama de su vida. Esta incapacidad que limitaba su amor le convirtió en el mejor maestro de su tiempo. Era sólo un recurso: a través del magisterio, derramó entre sus discípulos el amor que le estaba vedado ofrecer a los hijos de su carne. Todos sus alumnos lo confiesan: fue para ellos el más amante de los padres. Su preocupación por la niñez desvalida y las medidas que tomó para la organización de las primeras instituciones de beneficencia que existieron en México no tienen tampoco otra explicación. Haber sido el fundador de la primera escuela de maestros en el país; su gran apología del maestro del campo que hace a través del personaje central de su novela *La Navidad en las montañas*, nos dan a conocer los desvelos amorosos de este padre frustrado, por la educación de los niños de su patria.

Y fue con esto Altamirano, como hombre, víctima de sus ideas y de sus convicciones. Del Instituto Literario de Toluca, ya sin el amparo de Ramírez, fue expulsado por sus ideas liberales. Después, ya muerto Juárez, muertos sus mejores amigos, desterrados Ocampo y Lerdo de Tejada, se convierte en un elemento peligroso para Porfirio Díaz, el tirano de la paz engañosa. El hombre que había combatido, en el periódico, en el libro, en la tribuna y en el campo de batalla, las tiranías como nadie y que había juzgado al propio Juárez con severidad, se convirtió en una persona poco grata. Fue por esto por lo que con la caravana de una misión diplomática, se le destierra al extranjero, donde muere poco después, tuberculoso.

Patriota y maestro fue hasta los últimos días de su vida.

Ya enfermo de muerte, soñaba con volver a su patria.

Sólo pensaba en ella. Como recurso desesperado, ya que no podía tener cerca a los hijos de su carne que tanto añoró, se contentaba con preguntarle angustiado a un pequeño hijo de Joaquín Casasús:

—¿Sabes quién soy?

—Sí, papá Nachito, responde el niño.

—¿Te acordarás siempre de mí?

—Sí, papá Nachito, vuelve a decirle el angustiado niño.

—Y si yo me llegara a morir, ¿tendrías siempre presente mi recuerdo?

—Sí, papá Nachito, repite el niño llorando.

Y con esta conmovedora y deliciosa esperanza, se fue a la tumba el gran maestro, el extraordinario hombre que fue Ignacio M. Altamirano.

DE PIE: Lerdo de Tejada; I. Ramírez; G. Prieto; A. Lacunza; V. Riva Palacio; M. Romero Rubio. Sentados: I. Mariscal; Presidente Juárez; M. Romero y C. Pacheco

